



*O balas o sonrisas*

# Solo 2 Caminos?

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Lombardo Toledano... al morir él, comenzó a declinar el PP.

Con pocas horas de diferencia, el lunes 3 de abril ocurrieron, en torno de dos partidos que tienen en común llamarse "de los trabajadores", sendos hechos que permiten formular la inquietante pregunta de si es necesario que entre tales extremos se haga real la reforma política. En Huejutla, un dirigente local del Partido Mexicano de los Trabajadores, Pedro Beltrán Trejo, fue asesinado a balazos. El homicidio no fue casual: reiteradamente se le había amenazado por su militancia en ese organismo. En la ciudad de México, los nuevos dirigentes del Partido Socialista de los Trabajadores acudían, presurosos casi como priístas, a saludar al presidente de la República.

Una semana antes, el propio primer mandatario había ya recibiendo

a líderes del PST a los que cordialmente llamó "amigos socialistas". Los dos datos muestran una peculiar relación entre el gobierno y esta nueva formación política que, según los ufanos augurios de su dirección, el año próximo se convertirá en la segunda fuerza política del país.

¿Qué tiene de reprochable que los caudillos de un partido político visiten al presidente de la República? ¿No es, acaso, el jefe del Estado? ¿No es común, en las sociedades con regímenes más o menos parlamentarios que los jefes de los partidos se reúnan en términos cordiales con quienes encabezan las instituciones gubernamentales? La respuesta a tales preguntas, en relación con el papel concreto del PST tiene que expresarse teniendo en cuenta las peculiaridades de nuestro sistema partidario y la historia misma de esta nueva organización.

No puede ignorarse que, en México, el presidente de la República es, al mismo tiempo, el jefe del partido gubernamental. No puede olvidarse, tampoco, que cumplida su función histórica, consistente en integrar fuerzas revolucionarias dispersas en torno de un proyecto político común, la existencia del partido del gobierno es tal vez el factor que más poderosamente inhibe el desarrollo democrático nacional. No puede ignorarse, por último, que ante tal situación uno de los requisitos de los partidos políticos que se propongan en verdad contribuir a la pluralización de las opciones políticas tiene que ser su independencia respecto del gobierno y de su partido. De lo contrario, como ha ocurrido hasta ahora con el PPS y con el PARM, cumplen una tarea enturbiadora del ambiente político, pues la simulación que practican obstruye una visión clara de la estructura y los procesos políticos en nuestro país.

El PST parece empeñado en mostrarse como un partido carente de independencia. Sus acciones concretas lo muestran como practicante de una política de izquierda al gusto del partido gubernamental. Parece claro que, agotadas las posibilidades que en tal sentido correspondieron al Partido Popular Socialista, ha llegado la hora de encontrarle un relevo y que ese papel le fue asignado al PST.

No puede dudarse que el Partido Popular surgió verdaderamente como un propósito de rectificación de las desviaciones que el partido gubernamental y el gobierno mismo habían tenido, en la década de los 40, respecto del proyecto revolucionario que dio origen al PNR. Independientemente de las motivaciones subjetivas de don Vicente Lombardo, lo cierto es que en torno suyo

confluyeron pensamientos y acciones destinados a crear una opción política a la izquierda de un partido oficial que se desbocaba hacia la derecha. Pero menos de un decenio después de fundado, el PP fue asaltado por un ataque de "realismo" semejante al que afecta ahora a la dirección del PST, y a partir de entonces el partido de Lombardo se convirtió en simple patíño del partido gubernamental.

Sobre todo en la segunda mitad de los cincuentas, cuando se acercaba el gran estremecimiento social de 1958-59, era manifiesta la necesidad de permitir una opción electoral a la izquierda que, sin embargo, no pusiera en riesgo al sistema. Destruídos los restos de la Federación de Partidos del Pueblo mexicano; en la ilegalidad y desgajándose continuamente el Partido Comunista; canceladas las posibilidades electorales del sinarquismo y apenas en ascenso las de Acción Nacional, el PRI sufrió temores de quedarse solo y para evitarlo insufló vida artificial a grupos a los que habilitó como sus oponentes. En tal puesta en escena, al PP correspondió el papel de partido marxista oficial, es decir le tocó ser la izquierda domesticada.

Muerto Lombardo, cuyo carisma personal fortaleció vigorosamente la agrupación formada alrededor suyo, el PP (apellidado socialista desde 1960), comenzó a declinar, a semejanza de las familias tradicionales que vienen a menos cuando ocurre el otoño del patriarcado. Al comenzar los setentas ya era claro que el esquema simétrico en que el PRI dominaba el centro, al PAN correspondía la derecha y le tocaba la izquierda al PPS, comenzaba a cojear precisamente de ese lado. Se tuvieron desde entonces atisbos de que el sistema político necesitaba revitalizar ese partido o hallarle un sucedáneo. No se escatimaron recursos para el primer término de la alternativa: el flamante edificio que alberga la sede del Partido pepino socialista es una muestra plástica de ello, en un país en que la cotización a los partidos es una práctica insólita o inexistente. Pero no bastaron los refuerzos pecuniarios. El proceso de descomposición era tan hondo que ninguno de los recursos de la terapéutica política pudo hacer nada por salvar al enfermo. Es cierto que no ha muerto aún, pero su postración, agravada por la extirpación de algunos de sus miembros sanos, se asemeja a la vida vegetativa de quienes perdieron el control de sus actividades vitales.

Hace cinco años, sin embargo, empezó a configurarse el sucedáneo. Fruto de una disidencia insuficientemente explicada respecto del grupo encabezado por Heberto Castillo, el PST surgió desde sus orígenes con la pujanza que da el dinero oficial, a pesar de que sus fundadores quieren crear la leyenda de un grupo apostólico y unos cuantos pesos para emprender la magna tarea. Acercándose siempre al cobijo oficial, obteniendo recursos y caricias de las manos gubernamentales, el PST fue encontrando un lugar en el creciente espectro de los partidos que de manera explícita o no proponen la instauración del socialismo. Dirigido por una parvada de jóvenes de clase media y alta, bien dotados para la acción política, lúcidos los más de ellos, pero compartiendo todos el "realismo" cuya frontera con las actitudes oportunistas es tan incierta, el PST ha quedado establecido ya como la nueva sucursal izquierdista del Partido Revolucionario Institucional.

El grupo que le dio origen, el PMT, en cambio, ha decidido jugar a todo costo la carta de la independencia real y plena. Por eso sus dificultades crecientes. Por eso, su renuencia ante una reforma política que puede ser utilizada para consagrar vicios que hoy son claramente ilegítimos. Por eso el permanente riesgo de sus líderes y sus militantes que, como en el caso de Pedro Beltrán, no son diletantes de la oposición, sino que se juegan en ella la vida.

¿Es que un partido de izquierda tiene que optar necesariamente entre ser sumiso o ser perseguido? ¿Es que es preciso sonreír al gobierno a riesgo de recibir balazos? Seguramente hay otros caminos, menos degradantes, menos peligrosos. Tiene que haberlos. Tiene que ser posible la elección entre simular o temer.